

La Revista

DIRECTOR: **Julio HERRERA Y REISSIG**

SUMARIO

Juan Zorrilla de San Martín	Salomón el Rey	97
Ruperto Pérez Martínez	A Colón	101
José Ingegnieros	La última tempestad	104
Ubaldo Ramón Guerra	Sevillana	107
Manuel Herrera y Reissig	A una mujer selecta	108
Manuel J. Sumay	Para Nina	109
Francisco G. Vallarino	En la floresta	110
Benjamín Fernández y Medina	Goyita	113
Pedro Figari	Conflictos de defensa	120
Teófilo E. Díaz	Albums ó Albumes	122
Bernabé Comes	Resurrección	124
Carlos H. Mañá	Nigro Notanda Lapido	126
La Redacción	Notas de Redacción	128

MONTEVIDEO

ADMINISTRACIÓN DE *LA REVISTA*

96—CALLE CÁMARAS—96

1899

SALOMON EL REY

(FRAGMENTO DE LA OBRA INÉDITA HORTUS CONCLUSUS)

I

Si leéis en la Biblia el Libro tercero de los *Reyes* ó el segundo de las *Paralipómenos*, os dáréis una idea de quién fué Salomón el rey de Israel; pero el esplendor que envuelve al hijo de David es de tal intensidad, y tal el desenlace de su vida, que uno cree haber visto un meteoro que, después de atravesar el firmamento absorto; se ha hundido ó ha estallado tragado por el aire negro infinito. Dos veces habla con Dios cara á cara; se eleva como un astro recién creado, blanco de luz; supera en grandeza material y en sabiduría á todo lo conocido, y, por fin, se derrumba desde los labios de Jehovah hasta los piés de Astarthe, diosa de los Sidonios, y hasta los de Moloch, el ídolo grotesco de los Ammonitas.

« Pídemelo que quieras le dijo al principio el Señor ».

Y respondió Salomón: « Da á tu siervo, oh Señor, un corazón dócil para que pueda hacer justicia á tu pueblo, y discernir entre lo bueno y lo malo ».

Y dijo el Señor á Salomón: « Por cuanto no has pedido para ti ni muchos días de vida, ni riquezas, ni las almas de tus enemigos, he aquí que lo he hecho conforme á tus palabras, y te he dado un corazón sabio y de tanta inteligencia, que ninguno antes de ti te ha sido semejante, ni se levantará después de ti ».

« Y aun esto que no has pedido te se ha dado: riquezas y gloria; por manera que no habrá uno parecido á tí entre todos los reyes de los tiempos pasados ».

Y la sabiduría de Salomón, dice el libro santo, excedía á la sabiduría de todos los orientales y egipcios; era más sabio que todos los hombres; disputó de los árboles, desde el cedro que está sobre el Libano hasta el hisopo que sale de la pared ».

El templo fabuloso que erige Salomón, cumpliendo la voluntad de David su padre, en honor de Jehovah, está descrito en la Biblia: nada puede concebirse de igual magnificencia, según es de soberbia esa descripción: el oro, el marfil, las piedras preciosas traídas por Hiram el rey de Ophir; los cedros del Libano, cortados á millares y por millares de obreros fenicios unidos á los hebreos para la obra colosal; los metales fundidos ó repujados que ocupan las fraguas y resuenan al golpe de los martillos; la fábrica que se va levantando de la tierra, como á la voz de un conjuro omnipotente, con sus columnas, torsas de chapiteles en forma de azucena, y sus atrios, y sus pórticos, y sus artesonados de cedro, y sus planchas de oro que lo revisten, y sus enormes querubines de alas desplegadas; la consagración, por fin, de aquel templo, al verdadero Dios, todo es como el pedestal y el teatro sobre que se levanta la figura del rey cubierta de su manto blanco como un fantasma luminoso.

Una nube misteriosa envuelve el templo cuando Salomón lo consagra; la gloria del Señor había llenado aquella casa, dice la Biblia.

Y el rey se dirige á Dios, con las rodillas en la tierra y las manos extendidas hacia el cielo: « Si no pueden abarcarte, oh Señor; ni los cielos de los cielos, ¿cómo podrá contenerte esta casa que te he edificado? »

« Mas vuelve los ojos, oh Señor Dios mio, vuelve los ojos á la oración de tu siervo »...

« Que esos tus ojos esten abiertos sobre esta casa de noche y de día; sobre la casa de la que dijiste: ahí estará mi nombre ... »

Salomón edifica, no solo el templo del Señor, sino también su palacio en el Libano que habita con su esposa la hija del rey de Egipto; y los muros de muchas plazas fuertes; y tronos espléndidos para su gloria, y acueductos y ciudades; y construye flotas de barcos que le traen las riquezas de Ophir conducidas por Hiram el rey: oro, púrpura, piedras preciosas, perfumes, animales raros. El mundo entero miraba aquello, y se quedaba absorto y sobrecogido, como si presenciara una puesta de sol con meteoros extraordinarios.

La reina de Saba viene desde la Arabia á admirar á Salomón y á derramar á sus pies los presentes innumerables y opulentos.

« Y todos los reyes de la tierra, dice el Libro hebreo, deseaban ver el rostro de Salomón para oír la sabiduría que Dios había puesto en su corazón ».

« Y le llevaban presentes todos los años: vasos de plata y oro, y vestidos y armas y aromas y caballos y mulos ».

« Salomón sobrepujo á todos los reyes de la tierra en riqueza y en gloria ».

Así hablan del hijo de David las sagradas páginas.

La fábula extranjera, á su vez, envolvió en sus tules recamados esa extraña figura; la leyenda transformó de mil maneras su sombra esplendorosa. Los escritores persas, turcos y árabes le atribuyen un poder maravilloso, gracias á un anillo que poseía, en el cual estaba escrito el nombre del Dios verdadero. Los ejércitos de Salomón, dice el Coram, estaban formados de demonios, de hombres, de pájaros; el viento obedecía su voz; comprendía el lenguaje de las aves y el de las potencias infernales; estas le sirvieron en la construcción del templo de Jehovah y en la fabricación de un trono de rubíes coronado por dos buitres de oro que plegaban las alas y cubrían al rey con su sombra al sentarse en él.

II

Pero mientras tamañas obras materiales eran llevadas á efecto, el genio de Salomón creaba otros monumentos mas perdurables: escribía. « Pronunció, dice la Biblia, mil parábolas, y sus cantos fueron cinco mil ».

Sin duda para hallar silencio é inspiración, buscó Salomón un sitio propicio. Allí, á dos leguas de Jerusalem, estaba el *Huerto Cerrado*. En él construyó una residencia y realizó grandes obras en consonancia con las del Libano y Jerusalem; rodeó el huerto de un muro de piedra que seguía las basálticas sinuosidades de la roca que lo circunda; construyó allí palacios; encauzó las aguas de la fuente sellada que lo riega; escavó en la piedra tres estanques colosales escalonados en las rocas para depositar las aguas, y, por acueductos cuyos fragmentos, lo mismo que los estanques, existen aún, llevó esas aguas al monte Moria de Jerusalem; hizo de aquel huerto un paraíso que aún hoy conserva

el nombre de *Paraiso de Salomón*. «Dado á todas las magnificencias, dice el mismo principe, levanté palacios para mí, planté jardines y verjeles en que brotaba toda clase de árboles, y, para el riego de éstos, fabriqué albercas de agua.»

El *Huerto Cerrado* fué, sin duda alguna, el retiro del principe.

El historiador Josefo nos lo presenta, lleno de color, en ese sitio, cuyos perfumes y frescura va á buscar en las horas de la mañana. Cuando Salomón, dice el historiador, después de conocer cuanto acontece debajo del sol, conoció ser todo aficción y vanidad de espíritu, acostumbraba dejar Jerusalem y sus tristes alrededores, y, montado en su carro con el manto blanco de los reyes sobre las espaldas, iba silencioso al *Huerto Cerrado* seguido de su guardia de arqueros.

Allí, bajo los naranjos y limoneros de Oriente, que, unidos á los terebintos y á toda la vegetación arbórea de la zona subtropical, perfumaba el aire de azahares, pasaba Salomón las horas de la mañana. El aire hablaba al principe, el aire lleno de espíritu, y de palabras y de mensajes lejanos.

¡Cuántas de esas mañanas de soledad habrán quedado infundidas en los cinco mil cantos que escribió el suntuoso poeta hebreo!

Pero la antigua Palestina espléndida ha sido borrada del mundo á medida que ha ido llenando su misteriosa misión profética: han desaparecido las murallas, han desaparecido los palacios del Líbano y los de Jerusalem, y el templo mismo de Jehovah; también se han perdido para siempre los millares de cantos del poeta. Brillaron sus inspiraciones un instante y desaparecieron, como si la espada de un gigante invisible hubiera brillado un momento al ser desenvainada en la oscuridad.

Sólo uno de esos cantos nos ha quedado: el canto precisamente que conserva el espíritu del *Huerto Cerrado*, que también vive aún en plena eflorescencia en medio á las rocas basálticas de Jerusalem; el canto que pronuncia y simboliza la fecundidad virginal del *Paraiso* en que brotó el Verbo á la evocación del amor divino.

Sólo él nos queda de la obra del más sabio de los humanos: ese canto, de soberana hermosura, se llama *El Cantar de los Cantares*.

Juan Zorrilla de San Martín.

A. COLON (1)

Animo volente nihil est difficile.

I

Llevando la faz sombreada
De una tristeza profunda,
Con planta siempre errabunda
Pero jamás extenuada,
Por la Europa potentada,
De tanta angustia testigo,
Sin mas apoyo, ni amigo
Que su propio valimiento,
Iba Colón macilento
De Corte en Corte mendigo.

II

¡Qué grandeza y qué destino
Vinculados de tal suerte!
¡Qué muerte, peor que la muerte
La del genio peregrino!
Es Homero sin camino,
Es Jesús sobre el Calvario;
Es el duelo legendario
Que se repite en la Historia
Entre la envidia y la gloria,
El vulgo y el visionario!

III

Allá va... ¿quién lo comprende?
La ciencia le llama ateo
Como llama á Galileo
Solo porque no lo entiende;
A los tronos les sorprende
Tan peligroso portento,
Mientras la Iglesia un momento
Se aterra sin alcanzar,
Que Colón va á realizar
Con la Cruz su pensamiento.

(1) En los números siguientes irá la continuación.

IV

Allá va! sin un desvío;
 Nada abate su arrogancia,
 Nada merma esa constancia
 Que tiene fuentes de río
 Y si en ciego desvarío
 Aquel instante menguado
 El ultraje desbordado
 Pone por valla á su empresa,
 Responde con la fiereza
 Del Titán encadenado. (1)

V

¡Qué grandeza y qué destino!
 La calle de la Amargura
 Recorre en su desventura
 El noctámbulo divino;
 Cuando por opuesto sino
 Palpitan sobre su frente
 Las visiones de Occidente
 Llenas de vida y candor,
 Sangre nueva, nuevo albor
 De una raza más creyente.

VI

Verbo ungido de pasión
 En cuya historia se encierra
 No el Génesis de otra tierra
 Sinó una nueva Creación;—
 Leyenda de redención
 Que enseña el humano rito,
 Al Evo—Medio, precito
 Por un dogma funeral;
 Voz del alma universal
 En su marcha al infinito!...

VII

Pero, si el héroe es Anteo
 En lucha con el vestigio
 Que las pasiones del siglo
 Provocan á su deseo—
 Si es de Dioses su trofeo;
 El hombre pide reposo,
 Ese zumo venturoso
 Que en las crisis de la vida
 Devuelve al alma abatida
 Sus alientos de coloso.

(1) El «Prometeo» de Esquilo, verso 364 y siguientes.

VIII

Sobre un Cerro, junto al mar,
 Y dominando una vega
 Que á veces el Tinto llega
 Con sus ondas á besar;
 Entre un espeso pinar
 Cuya música es lamento,
 La abadía de un Convento
 Se vé comò una paloma
 Que subiera á aquella loma
 A dormir un momento

IX

De sus paredes de piedra
 No brota el rumor mas leve,
 Y cuando el viento y la nieve
 Hacen flecos de la yedra,
 Es de ver como se arredra
 Y en su tristeza se emboza
 Aquella mansión piadosa,
 Antesala de la muerte,
 Que parece de tal suerte,
 Menos albergue que fosa.

X

Muda, sola y aterida,
 La blanca torre ojival
 De la grandeza feudal
 Es una pompa abatida;
 Pero, pompa ¡de qué vida!
 ¡De qué esplendores ocaso!...
 Del olvidado regazo
 Que dio asilo al pensamiento,
 De la legión del Convento,
 Que fué antorcha y que fué abrazo;

XI

Del aliento franciscano
 Que esparció por el Oriente
 La semilla y el ambiente
 Del Evangelio cristiano;
 Que á Odorico dió un Oceano
 Y sus pinceles al Giotto,
 Que fué ciencia con Escotto
 Y portento con Bacon,
 Que en Lulio fué la visión
 De lo inmenso y de lo ignoto. (1)

Ruperto Perez Martínez.

(1) Del libro Quodlibético, tomo 4.º de las obras de Raimundo Lulio, Edición maguntina, parece resultar que este filósofo tuvo la visión de otro continente al Oeste de Europa.

Nadie sabe contar los siglos que han transcurrido desde la época en que nuestro ilustre antepasado el Antropopiteco Alaló adquirió las habilidades indispensables para marchar en dos piés, y tuvo la facultad de articular los sonidos que los cartilagos de su larinje producian. Sabemos, sin embargo, que recién entonces existió el animal-hombre, y que mintieron los capitulos del Génesis que se empeñan en engendrarnos por obra del Señor.

Desde aquella edad que aún permanece innominada y que es anterior sin duda á la arquelítica y á la del bronce, han agitado el reino humano, como pretendrian llamar á nuestra especie algunos transformistas, tempestades gigantescas, en que las olas preñadas de odios del océano plebeyo han azotado sin cesar la roca atrevida que en todo tiempo sirvió de trono á los poderosos.

Injusticia, carga las nubes con fluidos de miseria; el latigazo que hiende espaldas de oprimidos, imprime á los aires vibraciones que la distancia agiganta, levantando atmósferas huracanadas que arrasan yugos y cadenas cuando la chispa del hombre incendia los fluidos rivales con que Injusticia pone en lucha á Uranía y Gea.

Mujen las nubes; Hephaistos rueda á través de las atmósferas y venga el dolor de las cadenas sembrando sus incendios en el mundo de las tiranías.

Oyese entonces rujir al Pueblo, como en las espesuras de sus selvas ruge el rey de la naturaleza; rumores de metales traicionan la agitación de las cadenas sacudidas por el esfuerzo hercúleo del esclavo.

Algún eslabón sucumbe á cada contracción tempestuosa de los oprimidos.

Hay Grandes que vigorizan la obra del vendabal injertando la palanca de su talento para hendir el metal de los eslabones.

Sócrates, el maestro Ateniese, quebró el eslabón de la ignorancia con su filosofía, tan inmensa como irónica, en el Atica; los Gracos, el de la opresión con sus lides en la polígama Tiberina; Jesús, el de Bethleem, con sus dogmas de amor y moral, el de la corrupción pagana

en las faldas del Calvario; el eslabón del fanatismo Bruno, el nolano, con su filosofía eterodoxa en Campo del Fiori; Gutenberg destruye el monopolio de la ciencia encendiendo un leño en las márgenes del Reno; Carlos Roberto, el de Schrewburg, anonada las imposiciones de los dogmas revelados con las verdades de su nueva ciencia; Marx coroná la obra de los Grandes derribando los altares que en todo el Universo consagró Avaricia al Dios Oro.

Su voz se levanta atronadora entre los embates de las tempestades de los oprimidos, profetizando en nombre de la Ciencia y la Justicia el santo reinado de la Igualdad.

Pero hay Grandes también, que yo venero por su enorme y maligna superioridad que se deleitan oprimiendo á ese Pueblo tempestuoso; pero olvidan que alguna vez sabrá dejar de ser víctima para ser verdugo, y que alguna vez dejará de colocar el cuello para comprimir en cambio los resortes de las guillotinas.

Yo no temo á esos Grandes malignos. Sobran brazos de Bruto para herir corazones de Césares; y si ellos faltaran quedarían aún para instilar toxinas en el seno de los tiranos áspides que asumieran la noble tarea de exterminar opresores.

Sí; el áspid de Cleopatra fué un mandatario inconsciente de la justicia del Pueblo.

De ese Pueblo otrora estulto que entonaba en el Ganjes los himnos védicos que sancionaban la injusticia de las castas; que levantó esfinges colosales para rendirles culto y tributarles homenaje; que construyó con granito rosa gigantescos obeliscos monolíticos para adorar los restos de sus opresores y conmemorar las iniquidades de sus tiranos, que erigió coliseos en Roma para que los hijos de la plebe se asesinaran deleitando á los Titos y los Vespasianos, que dió Romas al arte y á las musas para brindar á los Nerones los agrados satánicos del incendio; que dió vida al milagro de la torre de Babel con que justifican los amos la pluralidad filológica y el odio de las razas, impidiendo que los oprimidos se congreguen en torno de la insignia roja para morir á su sombra luchando por su redención.

Pero junto con los siglos que han transcurrido se han desencadenado las tempestades.

Ese mismo pueblo que forjó las cadenas de su esclavitud, es también el noble y grande que ha sabido

hacer tambalear las coronas y las tiaras. El supo escuchar la voz de Espartaco y de Cleón e hizo temblar á los pretores y los cónsules; dictó desde el Aventino leyes á sus tiranos cuando quisieron explotarlo de su *Ager Publicus*; recorrió con la tea y la pica las campiñas gálicas en las Jacqueries; erigió cadalsos y afiló guillotinas para estirpar del orbe á los cerberos de la Bastilla; cruzó los puentes de la capital del Sena bajo los plomos de los mercenarios pidiendo, fusil en mano, «Pan y Trabajo»; se hizo rey de la matriz del mundo proclamando la Comuna de París entre un coro de doscientos millares de voces que entonaban la Marsellesa de la Revolución para hacerla escuchar á los planetas.

Hoy sabe ser soberano el pueblo manso de ayer. Si un cónsul viniera á decirle: *Delenda est Cartago*, no destruiría á ciegas; *Cur?*, preguntaría, Por qué? El pueblo querría saber por qué obra y para qué obra; se negaría á destruir otro Cartago porque ha aprendido que todos los hombres son hermanos, desde el ariano de elevado ángulo facial hasta el hotentote de pronunciado prognatismo, y del incárico de cráneo deprimido hasta el annamita acrocéfalo.

Ya está el granito de la roca de los tronos carcomido por el furor de las tempestades, tiembla; amenaza desmoronarse. En vano se le apuntala con las bayonetas de los mercenarios y con la ignorante imperiosidad del dogma. Los mercenarios son esclavos y los esclavos aprenderán á revelarse; los dogmas son imperiosos, pero la ciencia ha arrancado las diademas de sus insignias de dominio.

La ola primera de la última tempestad la divisó allá, en el horizonte lejano, donde se conjugan los océanos con los astros. El sol aparece irradiando resplandores rojizos tras sus espumas saturadas de rencores y de hambres, y la aurora del nuevo día asoma ofertando promesas de paz y de ventura.

Oh! tempestad de la justicia! No es Jehová quien te envía para extinguir tiranías; los Jehovás guardan la roca que tu destruyes. Eres la obra de los oprimidos y traes la bandera encarnada del socialismo que anuncia la redención del pueblo.

Yo quisiera recibir entre tus rojas espumas el ósculo de la muerte. ¡Bendita seas! ¡Oh santa Revolución Social!

José Ingegneros.
(Argentino).

SEVILLANA

(En un Album.)

Es la dueña de este *Album* una morocha
Cuyos ojos robaron á Andalucía,
Todas las brillazones que el sol derrocha
En la tierra encantada de la alegría!

Su cabeza de reina que no se humilla,
— Con un girón de nubé que la engalana, —
Se formó para el lujo de una mantilla
Donde prenda un capullo color de grana!

Tiene su voz de niña brillantes trinos
De canciones azules, notas aladas;
Como arpejo sonoro de mandolinos
Gimiendo, de la Alhambra, por las arcadas!

¡ Si camina es tan suave su balanceo!
¡ Hay en sus movimientos tanta soltura!
Que va sembrando gracias por el paseo,
Mientras le gritan ¡oles! á su cintura!

El mágico delirio de un hechicero
Engarzó, entre sus labios, collar luciente,
A que dió tinte el broche del limonero
Que besa el Guadalquivir en su corriente!...

Tiene ensueños divinos, esta Sultana,
Que la atan á la vida de la quimera;
Como abraza los hierros de su ventana
La palpitante malla de enredadera!

Se adormece en sus ansias, en el regazo
Que han tejido con rosas las ilusiones,
Y pueblan sus delirios nubes de raso
Donde juega el idilio de sus pasiones!

¡ Es hermosa la virgen enamorada,
De cabellos oscuros y nivea frente
¡ La que enciende en la noche de su mirada
Diamantinos destellos de alba de Oriente!

Ella sabe que el alma, con los amores,
Se perfuma de cielo, viste de galas,
Encuentra por doquiera luz y colores.
Desposorios ideales de esencias y alas!

Que, si humedece el llanto nuestra pestaña,
El corazón se inflama — ¡ fecunda el riego! —
¡ Nunca acrece la mole de la montaña
Como cuando corona su cresta el fuego!

Y ella sabe que guarda, como ninguna,
En su pecho la llama siempre intranquila,
Que al fundir sus encantos,—junto á su cuna—
Puso un Genio en la brasa de su pupila!

Suitana hechizadora de ojos risueños!
Mi más vehemente anhelo verá cumplido,
Si en el dorado alcázar de tus ensueños
El Hada de la Dicha forma su nido!

Ubaldo Ramón Guerra.

A UNA MUJER SELECTA

No hay que renegar de las convenciones sociales, ni protestar contra las fórmulas artificiosas que son el freno impuesto por la sabiduría de los fuertes á la brutalidad é inconciencia de la multitud!....

Las masas irresistiblemente impulsadas á obrar por sus instintos groseros—han menester de vallas enérgicas y saludables, que salven á la humanidad de un inevitable hundimiento, y contengan los desbordes y apetitos del mayor número!....

Esas vallas son las instituciones y fórmulas que, fruto de la previsión y sabiduría humanas, aparecen á los ojos de la multitud como leyes inmutables y enseñanzas divinas!....

Las almas superiores jamás gobernadas por los bajos instintos y ciegas impulsiones de la animalidad.... se ciernen sobre las preocupaciones y fórmulas á que rinden inconciente tributo las masas, y cumplen en la vida su misión, rindiendo culto á lo que vive y resplandece en las creaciones de Dios, á lo que eleva el espíritu á regiones superiores y lo impregna de visiones y claridades reveladoras de un más allá... á lo que hace creer y bendecir á Dios y refleja en la criatura su obra más perfecta en medio del impenetrable misterio que rodea la mansión en que realizamos nuestro destino... á lo que magnifica é inmortaliza las obras del hombre... á lo que hace Hijo de Dios á Jesús... profeta gigante á Buonaroti... iluminado sublime á San Francisco... pensador prodigioso á Aristóteles y artífice divino á Platón!... al Bien... á la Verdad, á la Belleza!...

Para el culto de esa Trinidad hay un templo inmovible y excelso que no pueden derruir los siglos, ni sufrir el contacto de ninguna profanación, porque se anida en el fondo insondable de aquellas almas, y es Dios mismo que alimenta su llama inmortal!... ¡Santa y bendita comunión de las almas selectas!... Solo á ellas es dable sentir los inefables y exquisitos goces ignorados del mayor número en la vida... solo ellas sienten los supremos arrobamientos, los deslumbramientos fulgurantes, las ansias infinitas, las inefables voluptuosidades y las misteriosas palpitations reveladoras de Dios....

Privilegiada criatura de cerebro fuerte y alma delicada y exquisita!... ¿no sientes dentro de ti el eco de una voz misteriosa y extraña que te llama?... Es el Ideal!... Dale tu corazón... tu pensamiento... las ternuras y delicadezas de tu alma... la savia de tu vida... la esencia delicada de tu ser! Excelsior!!

Manuel Herrera y Reissig.

PARA NINA

Te vas y no me miras! Tu desvio
enclava mi ilusión en el madero;
vencido sin luchar soy el guerrero
caído en las batallas del hastío.

Quizá te causa horror el albedrío
con que ostento la blusa del obrero!...
Yo no soy tu ideal: el caballero
hecho de almíbar, enguantado y frío.

Yo adoro el corazón que ardiente estalla
en himnos de pasión, y no el que calla
y mata entre el espasmo de un arrullo.

Mi amor es un orgullo y no un deseo;
si lo mata un desdén, nuevo Proteo,
resurge un nuevo amor... y el mismo orgullo!

Manuel J. Sumay.
(Argentino.)

Buenos Aires, Otoño del 99.

EN LA FLORESTA

La Primavera es la niñez hermosa,
Cuando la vida por doquier rebosa,
Cuando Osiris diluye más topacio;
Y al vestirse la tierra de esmeralda,
Cinéndose las flores por guirnalda,
Es la gentil coqueta del espacio!

Hay cascadas de trinos en las ramas
Y perfume silvestre en las retamas;
La brisa entre el follaje es un lamento,
La cuita de una sílfide infortunada,
Y es del campo el fanal de la laguna:
Pupila en que se espeja el firmamento!

Se destinan las sombras de la noche,
Y cual flor al romper su negro broche
La triunfante alborada se colora:
Blanca ninfa que exorna su ropaje
Con los tintes rojizos del celaje,
Con el ajuar lujoso de la aurora!

Rasga el manto de luz de la mañana
El trémulo clamor de la campana,
Que en la escena vital de la campiña
Se pierde en notas llenas de ternura,
Como un canto de mística ventura
Que acaricia el ensueño de la niña.

Acude á ese llamado presurosa,
Y está ese día como nunca hermosa;
Contenta se dirige hacia la ermita,
El amor se retrata en su mirada,
Pues piensa que la espera, emocionada,
Primero la oración, después la cita.

Devota, allí en el templo, se prosterna,
Y del teclado de su vida interna
Pulsándolo el amor casto y bendito,
Surje la blanca estrofa que redime:
La oración, ese cántico sublime
Que asciende y se remonta á lo infinito!

Del incienso las gasas vaporosas
Se desprenden sutiles, vagarosas,
Cual de una novia la nupcial silueta,
Gasas que al ascender entre los cirios,
Esos gallardos y encendidos lirios,
Esfuman los ensueños del poeta.

OCTUBRE 5 DE 1899

111

Presa de un misticismo enajenante
La púdica doncella en ese instante
Su ardiente vista hacia el altar levanta;
Y al ostentar su púbera belleza,
Refleja de su alma la pureza,
Y es más que una mujer: es una santa!

En tanto, allá en el valle, entre las flores,
En medio de una orgía de colores,
Para el amante joven que la espera,
En una hora un siglo ha transcurrido,
Febril todo su sér y enardecido
Por un fulgente sol que reverbera.

Contempla el joven la sublime escena
De melodías y de encantos llena,
La mansión por el trébol perfumada,
La mesa del festín de sus amores,
Mirando en los matices de las flores
Las alegres sonrisas de su amada.

Y surge como un lampo en la espesura,
Que á lo lejos ostenta la llanura,
Una esbelta mujer de albo ropaje;
El joven su emoción ya no contiene
Al ver que es la doncella la que viene
Por la verde penumbra del follaje.

Se adelanta el feliz enamorado,
Y en alas del amor llega á su lado...
La luz divina de su faz sonriente,
El rubor que despierta los antojos,
La suave rutilancia de sus ojos,
Todo en ella es fulgor, todo es ardiente!

Y todo el fuego de su sér se anida
En su boca pletórica de vida;
La oración en su rostro ha dibujado
Leves huellas de místico embeleso,
Ideal y voluptuosa incita al beso
Lleno de casto amor y apasionado.

Y en ese instante sienten confundidos
De sus pechos amantes los latidos;
Triunfa el amor—la púdica protesta,
Del joven, los deseos enardece,
Y el trino de sus besos enmudece
La armonía del ave en la floresta!

Francisco G. Vallarino.

LOS ESCRITORES DE "LA REVISTA"



BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA

GOYITA

(CUENTO ROMÁNTICO)

Se acercaba la Primavera y los campos como los ganados parecían pelear. Brotaban en la tierra cubierta de gramillas y yuyos marchitos, los renuevos verdes, que el ganado tiene como reflejados en sus pupilas mientras la escasez del invierno lo entristece.

En los montes, los árboles parecían invadidos y cubiertos por bandadas de pajarillos verdes que se posaban en las ramas desnudas; y el aire que corría alegre por toda la campaña saludándola en la vuelta á su juventud, buscaba ya la fragancia de las flores, mientras recojía y llevaba para despertar á la vida adormecida los primeros cantos gozosos de los pájaros.

Los arroyos corrían murmurando por entre los árboles agitados por la savia nueva, y el ganado correteaba por las cuchillas de sol á sol.

Aquella alegría de la naturaleza se reflejaba en las casas oreadas por las primeras brisas secas y en cuyos techos el sol no evaporaba ya el rocío escondido entre la quinchá.

En la cuchilla del Sauce, cerca del pintoresco Maciel, había una casa grande, rodeada de saucos y paraísos, dominando las tres suertes de estancia que poseía el viejo don Edmundo Rioja.

La casa era antigua, de terrón, blanqueada por fuera, con el techo quinchado en escama y las puertas de maderas mal trabadas, que dejaban paso libre á las rachas que soplaban en la cuchilla.

Un jardín de pocas plantas se veía en un lado del patio; en el otro lado una ramada con el barril del agua acostado sobre la rastra; y arrancando del cerco de alambre que encerraba el patio cuadrado, se extendía desigual la manguera de piedra suelta y los pequeños corrales y bretes de palo á pique.

Lejos á cuatro ó cinco cuerdas de la casa había una huerta con verduras, que era en todo tiempo la tentación de los animales engolosinados por aquel verdor encerrado, fuera de su alcance.

Hasta aquella cuchilla no llegaba el ferrocarril.

Pasaba á muchas leguas al Este, y sólo el telégrafo había venido á señalar el paso del Progreso en aquellos campos, en los cuales la tradición parecía dormir bajo los talas del pedregal donde se enterraba á los muertos del pago, y en las lagunas misteriosas del Maciel, donde los paisanos creían ver en las noches de luna surgir blancas imágenes de las aguas tranquilas.

Así amaba la vida don Edmundo que había nacido en el tiempo viejo arrullado por el heroico son del clarín de Artigas, cuando la Patria hecha moza se alzaba á poner casa propia.

Viejo de antiguo cuño, con sangre de españoles, apegado á la tierra y al pago, amigo de la libertad como las calandrias que se mueren de tristeza al ser enjauladas, — no soñó jamás que los tiempos cambiarían y que en la campaña los ganados dejarían de marchar con sus patas á la Tablada y á los saladeros; que en pocos minutos fuera posible enviar una noticia á la capital lejana, y que la carreta y el caballo hallaran un competidor que no necesitaba de fuerza animal para andar.

Y así llegó el tiempo en que la vida nueva se derramó por todo el país, anunciada por el telégrafo y llevada en triunfo por el ferrocarril rumoroso, que asustaba á los ganados y cubría con nubes de humo los campos sorprendidos.

II

Soló inquietaba al viejo don Edmundo el porvenir de sus dos hijos, su casal, como él decía amorosamente: Atanasio y Gregoria.

El varón que era el mayor contaba entonces quince años, la mujer trece.

Esta se criaba para ser buena madre, junto á la suya, doña Nicolasa, vieja criolla tranquila y reposada, que era para el gobierno del hogar tan juiciosa, como don Edmundo avispado y veterano para los asuntos del campo.

El varón era todo un campero, y acompañaba en las faenas á los peones, acostumbrándose á las durezas de la vida de campaña.

Gregoria, *Goyita*, como la llamaban en la casa, era una muchacha delicada con ojos negros que parecían reflejar en las miradas soñadoras, un romanticismo triste, lleno de fantasías é imaginaciones.

Ya tenía novio, un primo de su edad, Domingo Ar-

tigas, que desde la niñez había frecuentado la casa de don Edmundo, compartiendo los juegos con sus hijos.

La casa de los padres de Domingo estaba á una legua de la de Rioja, también en lo alto de una cuchilla; y las dos casas se veían en los días claros, blanqueando entre las arboledas.

Domingo y Gregoria fueron novios desde niños, pero llegaron á los trece años sin declararse el amor que se desbordaba en sus corazones.

Los padres de Domingo tuvieron que vender la estancia del Sauca, é irse á otro campo que tenían en Tacuarembó; y entonces, al llegar la separación inesperada, los muchachos se confesaron su amor.

Era con la llegada de la Primavera, cuando toda la vida se alegra bajo el sol hermoso que alarga los días y despeja el cielo, y cuando en el aire se respira aroma de las flores tempranas.

Domingo había venido con su madre á despedirse. Gregoria andaba bajo los saucos y no se atrevía á presentarse en la sala.

Ni sabía porque estaba allí sin hacer nada, temblorosa, dudando en entrar á la casa.

Al fin apareció Domingo, tan agitado como Gregoria y se acercó á ella serio, con el rostro encendido. Cuando le apretó la mano se sonrió, y después de estar un rato sin hablar, le dijo:

«—Gregoria, nos vamos para el campo del río Negro, y yo he venido con mamá á despedirme.»

La muchacha abrazó á Domingo y lloraron los dos juntos, sintiendo caer las lágrimas anargas hasta los labios...

Después volvió á hablar Domingo:

—«*Goyita*, te acordarás de mí?»

—«¿Cómo no?»

—«¿Me querés como primo, nomás?»

—«Comó primo y como todo»—dijo ella, llena de confusión.

Y así se separaron.

La ausencia debía ser larga. Una distancia que en la campaña, donde el ferrocarril no abrevia el camino, hace de dos pagos lejanos, dos mundos.

III

Pasaron cinco años; Gregoria se hizo moza y usó vestidos largos. Su cara se hermoseó más; los ojos conservaron la mirada soñadora, y el cuerpo las morbide-

ces y elegancia, que resaltaban con los sencillos vestidos que lo cubrían.

La vida no se había alterado en la estancia de don Edmundo, y él persistía en los antiguos usos y en las antiguas costumbres, reacio para las innovaciones que empezaban á hacerse en las estancias...

Por fin, volvió Domingo, desconocido hasta sorprender en el primer momento á los de la casa.

Era un mozo, de figura airosa; el bigote y la barba nacierentes sombreaban su cara; vestía con elegancia, y su aforo era de los que acreditan de primoroso á un paisano.

Cuando pasaron los momentos primeros de regocijo y de sorpresa, quedaron solos un rato Domingo y Gregoria.

No se atrevían á mirarse, y él estaba inquieto por hablar.

—«Gregoria! (dijo al fin tartamudeando) ¿te acordás de lo que hablamos cuando yo vine á despedirme?»

Ella no contestó; pero su corazón pareció querer saltar á decir todo el amor que encerraba.

—«Me querés siempre, *Goyita*? (agregó con acento tierno, recordando el nombre que le daba á la moza en otro tiempo.)

Y entonces ella, sin alzar la mirada, contestó despacio y como si fueran sus palabras un suspiro entrecortado.

—«¿Y me lo pregunta...?»

Domingo se acercó á ella y cojiéndole una mano le dijo:

—«¡Si supieras cuanto he deseado volver á verte!»

Sintiéronse pasos en el patio y el mozo se sentó. Cuando entró doña Nicolasa, él estaba muy serio golpeando con el arreador en sus botas, con la mirada baja; y Gregoria, muy colorada, no podía ocultar su emoción...

—«Yo sabía que vendrías hoy», dijo ella al cabo de un rato.

—«¿Cómo?, preguntó Domingo.

—«Porque esta mañana pasaron muchos terutereros gritando»... respondió ella sonriendo.

Durante la comida se habló de muchas cosas, de episodios de la niñez de los muchachos, de los sucesos del tiempo de la separación, y de los días presentes.

Se contó entre otras cosas que andaban preocupados en la estancia porque desde una semana antes fal-

taban todas las mañanas ovejas de algunas majadas, sin que se hubiera podido descubrir al ladrón.

Gregoria se mostró tan temerosa por esto, que su padre y Domingo bromearon largo rato con su miedo. Después, don Edmundo se despidió, diciendo que iba á pasar la noche en un puesto de la costa del Maciel, porque tenía que hacer un aparte á la madrugada.

Como estaba convenido que Domingo permanecería algunas días en la casa, ya le habían preparado alojamiento.

El mozo entretuvo á doña Nicolasa y á Gregoria contándoles sus impresiones de la Capital, donde había estado últimamente. Les habló del ferrocarril, esforzándose por hacer comprender cómo marchaba solo, arrastrándose sobre la vía detrás de una máquina panzona con una gran hornalla.

Les contó lo que era el mar y los buques que andaban en él, también con hornallas y caños como el ferrocarril. Les habló del Cerro que cuidaba á Montevideo y que tenía un fuerte en la cima, con un farol alumbrado de noche; las fábricas que humeaban todo el día nublando el cielo; las estatuas y las plazas, los grandes almacenes y los batallones lujosos que paseaban, marciales; los incontables alambres del telégrafo y del teléfono que se cruzaban sobre las calles, como los hilos y las telas de arañas en las barrancas; la luz eléctrica que se encendía sola, quedando la llama cuajada dentro de un vasito de vidrio: Toda la vida de la ciudad que pasaba como figuras fantásticas de un kaleidoscopio, en las descripciones pintorescas y animadas por el entusiasmo del joven paisano...

IV

Lo escuchaban encantadas las mujeres, cuando se oyó ladrar á los perros y caminar en el patio á una persona que llegó á golpear la puerta, profiriendo amenazas con voz confusa.

Las mujeres se estremecieron. Domingo, sereno, echó mano á una pistola que había puesto sobre la mesita, y se dispuso á abrir la puerta.

Doña Nicolasa, atemorizada, le dijo:

—«¡No abras, hijo; puede ser el ladrón de ovejas. Ya saldrán los peones; no abras!»

Pero él, excitado quizás por el deseo de probar su valor ante la mujer que amaba, abrió la puerta de gol-

pe, y gritó: — *Quién es?* — á un hombre emponchado que apareció en la oscuridad debajo de los sauces.

Las perros atados, seguían ladrando, esforzándose por reventar las cadenas, y en el galpón de los peones no se sentía movimiento alguno.

Otra vez preguntó Domingo, amartillando la pistola, y como el bulto se abalanzó hacia él, hizo fuego...

— «Hijo, me has lastimao», — dijo el hombre emponchado, tastabillando.

Corrió Domingo á sostenerlo, reconociendo á su tío don Edmundo, que había querido darles una broma imprudente, y que resultaba trágica.

Se había agachado cuando Domingo hizo fuego, y la bala lo hirió en el pecho.

Los peones, que antes no se habían movido, advertidos por don Edmundo, corrieron al sentir la detonación, y entre todos, en medio del dolor inconsolable de Domingo y de las lamentaciones de doña Nicolasa y Gregoria levantaron al herido y lo acostaron.

La desgracia era tremenda é irremediable: Pocas horas después don Edmundo moría, sin que hubiera podido pronunciar más que unas palabras de perdón para Domingo y un pedido á todos para que rogaran á la Virgen por su alma.

El dolor del mozo no tenía límites, y si Atanasio y un peón no lo hubieran contenido, acompaña en la muerte á don Edmundo, utilizando la otra bala de su pistola...

Al día siguiente la policía vino á informarse del suceso y aunque se comprobaron las circunstancias casuales é involuntarias de la muerte, Domingo fué llevado al pueblo para ser sometido á la justicia.

V

De la casa de Rioja huyó la alegría. Una nube de tristeza pareció descender sobre ella y ahuyentar todo contento, después del desgraciado suceso.

Domingo estaba en la cárcel de Montevideo, y la familia se empeñaba para que se aminorase la pena.

Gregoria, había sufrido un ataque de locura que la llevó al linde de la muerte y cuando se repuso quedó como atontada, con una idea fija en su cerebro.

Pensaba si podía querer á Domingo, al hombre que había matado á su padre aunque inconscientemente; y esta duda la mataba.

La desgracia, los llantos y la enfermedad de Gre-

goria, apresuraron la vejez de doña Nicolasa que también parecía marchar de prisa hacia la muerte.

Atanasio solamente se había mantenido fuerte y firme, asumiendo la dirección de la estancia después de la muerte de su padre.

VI

Ya volvía la Primavera á alegrar la campaña, cuando Gregoria cayó en cama para no levantarse más. Un delirio tenaz trastornaba su razón, y solo tenía algunos momentos de lucidez.

¿Cómo anunciarle en ese estado que Domingo iba á llegar, libertado al fin por los empeños de la familia?

Atanasio se atrevió á decirselo, en uno de los momentos tranquilos, y ella respondió con ansias que deseaba verlo, que viniera no más; que su padre lo había perdonado al morir, y que ella, á su vez, lo perdonaba.

Cuando Domingo, maltratado también por los sufrimientos y envejecido prematuramente por las cavilaciones de la prisión, entró á las habitaciones donde estaba Gregoria, las piernas le temblaban y lágrimas grandes le caían de los ojos que buscaban la cara del ser querido.

Cayó de rodillas junto al lecho y Gregoria lo abrazó llorando, sin hablar.

Sus lágrimas corrían juntas como en la despedida de la niñez y llegaron amargas hasta los labios.

Aquel fué uno de los últimos momentos lúcidos de Gregoria. En el delirio final llamaba á Domingo como si no lo tuviera á su lado, y creía entrever la felicidad soñada, huyendo como nubes impulsadas por el viento, á perderse en confines desconocidos.

Dos días después, Atanasio, los peones y algunos vecinos acompañaban por última vez á Gregoria, que había muerto abrasada á su novio.

En el pedregal, bajo los añosos talas que daban sombra á los muertos del pago, quedó enterrada *Goyita* junto á su padre.

Cuando el viento remueve el ramaje de los talas, parece que se oyen quejidos y suspiros, y todas las mañanas las piedras que cubren los restos de Gregoria, y la cruz que anuncia la vida de eterna felicidad, amanecen húmedas, como si fueran regadas con lágrimas.

CONFLICTOS DE DEFENSA

En el proceso de Rennes M^c. Labori iba á encarar la defensa de una manera franca, resuelta y enérgica, y tuvo que callar. A M^c. Demange se le censura por haber dejado una puerta de escape á los acusadores de Dreyfus, lo mismo que por haber intentado conmover el sentimiento de los jueces. A esto se llama hacer concesiones, por más que era ese el único recurso, bien efímero, bien precario,—es cierto,—pero al fin, el único que se ofrecía al éxito de la causa.

Es siempre árdua la defensa ante un tribunal prevenido.

No hay justicia desde el instante en que los magistrados faltan á la imparcialidad, que es su primordial deber. Por eso quedó proscripta de la sala del Liceo donde se juzgaba á Dreyfus.—Y si advertimos que con el ojo avezado del *maitre de barreau* se palpan las parcialidades del tribunal, como palpa el clínico un tumor externo, se concebirá cuan angustiosa fué la situación de aquellos defensores que tenían tanta fe en su causa.

Joven, ardiente, impetuoso, M^c. Labori quiso estrechar lo mismo á los jueces que á los acusadores, poniéndoles crudamente, sin ambages, cara á cara con sus conciencias y con su enorme responsabilidad moral. Este abogado, es de la complexión de esos gladiadores que cuando entran en pelea, por más desiguales que sean las fuerzas, luchan y mientras que luchan azuzan á los adversarios, hasta que caen despedazados. Sublevado por la terquedad implacable de aquellos hombres, henchido de entusiasmos por su causa, pretendía trabar un combate cuerpo á cuerpo con los poderosos acusadores de su patrocinado que, por una anomalía la más hiriente, estaban de manos dadas y confundidos en contubernio con los propios jueces.—M^c. Demange, hombre de años, reposado y reflexivo, prefirió hacer un supremo esfuerzo. El es de la casta de aquellos guerreros que no desesperan jamás de las ventajas de la táctica, sin olvidar tampoco que una hábil retirada vale tanto á veces como una victoria.

Probablemente le pidieron á M^c. Labori los miem-

bros de la familia Dreyfus, que se plegara al plan estratégico de Demange, lo cual era pedir una cosa superior á sus fuerzas, y tuvo que desistir de su empeño. Y en verdad, se necesita abnegación, más aun, heroísmo para prescindir de las irritantes parcialidades que se exhibían en los estrados del Liceo y para hablar á aquellos granaderos tiznados de pólvora y acostumbrados á moverse al toque de clarín, como el cañón acostumbra á rugir cuando se oprime la espoleta del obus, para hablarles, decimos, como si fueran jueces.

Es así que M^c. Demange no pudiendo presentarse al templo de la justicia con la altivez magestuosa de un ministro de ese culto, entró con la humildad temblorosa de un mendigo y allí, se dirigió á aquellos granaderos ¡que granaderos! á aquellos jueces de plomo ó de piedra como si no viera que tenían esculpido ya entre las arrugas de la frente un fallo condenatorio. Se requiere audacia para decidirse á horadar á tales peñascos con solo la magia sugestiva de la dialectica y es un colmo de prodigios el que con las inflexiones insinuantes de su voz M^c. Demange pudiera herirles en el corazón y arrancarles lágrimas.

Esa es la obra de M^c. Demange. No sabemos si puede atribuirse á su elocuencia la reducción de la pena y los dos votos discordes que figuran al pie del fallo; pero nadie habría dejado de responsabilizar del fracaso á Fernando Labori, si hubiera insistido en llevar á cabo su propósito de desenmascarar resueltamente á los acusadores y á los jueces. Habriase dicho entonces, que había irritado al tribunal y que no era de extrañarse el desastre.

¡Y qué hermoso habría sido oírle perorar!—Originario de Reims, Labori, si aquel torneo hubiera tenido los caracteres de un festín, más bien que el de velorio de la justicia, la palabra viril del simpático *maitre* habría corrido como las efervescencias generosas y desbordantes del Champagne. Su voz habría tenido las vibraciones sugestivas del convencido, su pensamiento los reflejos metálicos y la fuerza incisiva del acero, y su gesto la marcial soberbia de los sectarios indomables de la idea.

La realidad es á veces monstruosa, como lo fué en esta emergencia en que decir verdades significaba lo mismo que dar coces contra el aguijón.

Todo era inútil.—Dentro de los uniformes militares que ataviaban al Consejo de Guerra, no había mas que dos hombres, dos jueces. Los demás ni eran jue-

ces ni eran hombres; eran autómatas que no pueden mirar las palmas del generalato sin sufrir el vértigo de la obediencia.—¡Oh! es más común de lo que se piensa ver soldados que por el solo hecho de encajarse dentro de una blusa militar pierden sus atributos, como la mariposa pierde sus alas, para trocarse en gusano.

Se concibe, por lo demás, que el coronel Jouast no cediera á las argumentaciones de la defensa.—Si la fotografía que hemos visto del presidente del Consejo de Rennes es auténtica, se comprende que nos fácil hacer que entren razones en el original, como no entrarían en una bala de cañón, por más que le pongan ojos, narices y bigotes.

Fácil será convencerse de que nada habría logrado Labori por más sólidas y lógicas que fueran sus demostraciones cuando se piense que su admirable co-defensor agotó sus arsenales dialécticos y extremó la nota persuasiva, sin lograr que aquel tribunal se rindiera á las evidencias más palpitantes de la verdad, ni acabara las exigencias más imperiosas de la justicia. Y eso que abrió sus brazos á los generales del Estado Mayor, exhortándoles á una reconciliación en holocausto al ejército, á la Francia y á la Justicia.

La condena estaba resuelta. Para que triunfara la justicia habría sido menester que se neutralizara el poder de atracción de los generales del Estado Mayor, poniendo frente á él una fuerza equivalente; es decir igual número de palmas y de elásticos empenachados. Soló así habría triunfado.

Pedro Figari.

ALBUMS Ó ALBUMES

En este álbum llamó mi atención el primer pensamiento: «La virtud es el mejor adorno de la mujer».

No estoy de acuerdo: la virtud es una de las sustancias con que se forman mujeres.

Así como existen diferentes materias para hacer estatuas, bronce, porcelana, mármol, terracota; así la mu-

jer puede resultar de virtud, de romántico, de coquetería, de crueldad, de benevolencia, de voluptuosidad, de traición, de chocarrería.

No es adorno, pues, la virtud, sino un fundamento moral y psíquico de la mujer superior.

La virtud es un conjunto de atributos.

La mujer es virtuosa cuando reúne todos los atributos, desde el amor á los niños, la estimación de su dignidad, el pudor de su carne, la educación de su espíritu, hasta su grave continencia, la disculpa al vecino, el horror á la intriga, la protección á los desamparados.

Algunas mujeres tienen varios atributos de la virtud, careciendo de otros, porque se ha producido en su formación mezclas como en las porcelanas más ó menos puras, según las sustancias empleadas en su fabricación.

En Lolita Martínez no es adorno la virtud: es la esencia de su pensamiento y de su corazón.

Así como objeto el primer pensamiento del álbum, encuentro intensa la bellísima composición de Massi: *La viejecita*.

Esa figura de una anciana sonriente significa que expresa los votos más elocuentes en favor de Lolita Martínez: que cumpla Vd. su destino con permanente sonrisa de alegría, hasta adornarla con un marco de hilos brillantes de plata de cien años... ¿No ha querido decir eso, Massi?

Quiero criticar otro pensamiento, el de Julio Magariños Roca.

Yo hubiera dicho: los sueños que inspiran las mujeres como Lolita Martínez son dulces, son suaves, son tranquilos; pero no acepto que exista una época de sueños dulces, porque si sueñan los niños con el ángel que llena el botín de juguetes en la noche de Navidad, sueñan también con el lobo que devoró á Caperucita roja; y las mujeres prósperas, en su primera edad, suelen tener sueños terribles; pero... no los quieren contar.

Toca á mí, ahora, poner un pensamiento mío.

Los álbumes forman parte de la dote de la mujer.

El marido obligado por la ley á prestar protección á su esposa, está primeramente comprometido, si la novia ha tenido álbum, á conquistar con una esquisita conducta los homenajes rendidos á su prometida en el concurso escrito de los más distinguidos amigos é inteligentes de su sociabilidad.

Teófilo E. Díaz.

RESURRECCIÓN

A Julio Herrera y Reissig.

Vuelve a sonar la lira americana;
Ya del olvido en el rincón no yace
Como después de su *primer mañana*.

Brota la luz, la niebla se deshace,
Y en el sepulcro de la fe perdida,
La blanca flor de la esperanza nace.

Como el ave en las frondas escondida,
Ya podemos cantar como cantamos
En las horas mejores de la vida,

Cuando un piélago en calma atravesamos
Y sentimos las dulces emociones
De los sueños de amor que acariciamos.

Ay! evocar las pálidas visiones
Que en noches voluptuosas nos mecieron
En hamaca de blancas ilusiones

Y que después por siempre se perdieron
En la penumbra oscura y misteriosa
Donde entre vaga claridad nacieron...

Ay! beber en la fuente deliciosa
De la inocencia, y concebir la gloria
En horizontes de color de rosa

Como una nube de óptica ilusoria
Que con falso atavío nos engaña
Dejando sólo su fugaz memoria...

Ver que luz pirotécnica nos baña,
Y vagando sin rumbo en la llanura
Soñar que hemos trepado a la montaña...

¡Eso es vivir! Vivir sin amargura,
Con esa inspiración dulce y secreta
Del que cantando sus dolencias cura.

Así es que pisa la deseada meta,
Así es que llega del ideal al Ande
Con la lira en los brazos el poeta.

Así también su corazón se expande,
¡Siempre pequeño para el vulgo oscuro
Siempre pequeño... pero siempre grande!

Ya podemos cantar, y desde el muro
Donde está nuestra enseña colocada,
Contemplar ese cielo terso y puro

De la América libre y venerada,
Donde brilla ese sol de mi bandera,
Símbolo angusto de la patria amada!

OCTUBRE 5 DE 1899

125

¡Oh, sombra majestuosa de Rivera!
Surgid de entre el misterio de las ruinas
Y mostradme un instante tan siquiera

Ese libro de páginas divinas
Donde hay una leyenda pura y santa
Que se llama Rincón de las Gallinas!

Costa del Uruguay, marjen que encanta
Al viajero que pasa, y dó grabaron
Treinta y Tres bravos la gloriosa planta.

¡Rememorad los tiempos que pasaron!
¡Habladnos de esos hombres que se fueron!
¡Despertad los recuerdos que dejaron!

¡Contadnos otra vez lo que dijeron
Al pisar en tus húmedas arenas
Esos que patria y libertad nos dieron!

¡Qué hermosas y magníficas escenas!
Cuando esa fecha el Uruguay festeja
¡Qué vale Esparta, ni qué vale Atenas!

Levanta Juan Antonio Lavalleja...
Alguien te llama... Sarandí te nombra...
¡La batalla de ayer! ¡Tu gloria vieja!

De la inmortalidad surge otra sombra
Con más conquistas y con más fatigas,
Figura napoleónica que asombra,

Fundador de una raza. Ese es Artigas,
El que tuvo victorias y quebrantos
Y laureles mezclados con ortigas!

.....
Hoy ya puedo ofrecerlos, héroes santos,
Nobles reliquias de la patria mía,
La música sencilla de mis cantos.

Hoy renace de nuevo la Poesía
Y alza Reissig su cántico divino
Derramando cascadas de armonía.

¡Dulce boyero de rimado trino
Para halagar el alma del viajero
Se detiene en los bordes del camino

Y levanta su acento lastimero
Como un llamado del cantor errante
Que le falta quizás un compañero!

Ya podemos pulsar la lira amante,
La guitarra doliente y gemidora...
Bardos americanos, adelante!
Ya la sombra se va! ¡Viene la aurora!

Bernabé Comes,
Oficial del 1.º de Cazadores.

"NIGRO NOTANDA LAPIDO"

II

El cielo se encontraba cargado al Oriente de corros de nubes, desgredadas, de matiz verde-barroso, hinchadas, que parecían avanzar para tachonarlo todo. Los rayos anémicos del sol, habían desaparecido. Las tintas de los celajes y arreboles palidecían rápidamente, borrándose como la pintura de un transfloro bajo la acción carcomedora de activo ácido. El tiempo estaba amenazante.

Al desgarrar la bóveda encapotada una escintilación en forma de zig-zag, una claridad fugaz, intensa y tartarea se expandió haciendo rutilar los azulejos que forran la media-naranja de la r.onda y blanqueando espectralmente los solitarios viales del campo-santo. Pareció entonces aumentar la frescura arcana que antes se sentía, é instantáneamente una lluvia menuda y parsimoniosa se precipitó azotándolo todo, produciendo un monótono claqueo al pegar pianito en las grandes hojas de los floripondios. El viento soplaba furibundo. Los escurridos cipreses entonaban al filtrarse el cierzo enloquecido por su ruido follaje, silvos quejumbrosos, notas melancólicas, ayes como lastimeros sollozos. Los corrillos de matas del arreate se remecían desesperadamente á cada vortice, temblantes todas las hojuelas, acostándose abrumadas por los implacables latigazos, en el suelo humedecido, desgajándose, machacando sus herbáceas y cimbrantes ramas sobre el mármol negro y blanco del sepulcro. Las campanillas azules, esas amigas inseparables de los lugares tranquilos, afeadas á sus delicados pedúnculos, verdaderos cordones vegetales por lo flébiles y prolongados, titilaban apabullándose medrosas toda vez que pasaba una loca ráfaga. De sus sombríos umbráculos, los cipreses, soltaban, á cada momento, cápsulas secas. En una sepultura circunvecina, el enverjado de hierro, ya despintado y herruchento, cuyos intervalos entre barrote y barrote estaban llenados por brazos de trepadora enredadera, una vieja madre-selva, bailaba, temblorosa, afirmándose sobre su sustentáculo plantado en tierra y allí dentro una gran ca-

melia de Ispahan, á la que hacia compañía un amarilis, quebraba sus botones...

El aguacero arreciaba. El impetu de la lluvia chapoteaba la loza marmórea, produciendo una humareda acuosa al saltar miriadas de saetas y rayos de agua que luego volteábanse al cantero. El mar embravecido, allá, en el fondo, dada su furia, parecía aviesamente tentado, ya que tampoco tenía que romper ninguna valla, en penetrar más adentro, invadiendo los dominios de la onmíniosa población. Las olas revueltas venían á desflecar sus bordes rabiosamente en las requebrajadas rocas de la costa, formando manteles de lechosa blancura, con las ampollas y glomérulos de sus efervescentes espumajos. En la gran portada de entrada, el par de faroles eléctricos empotrados en la pared proyectaban un resplandor que empañaba la llovizna; al flajelar las bombas de cristal, las gotas corrían sobre ellas en forma de escamas... En la acera, los plátanos fustigados por las rachas, se retorcian en contorsiones violentas desgajando al propio tiempo de sus mermados ramajes, hojas y más hojas secas y acartuchadas de un rojo de ocre ó amarillentas... La lluvia continuaba cayendo obstinada, y la hojarasca de tanto árbol seguía en volandas como si fuese obra del mismo impulso, espetando un ruido desgarrador.

La noche, tenebrosa, entraba tomando posesión del cuadro. Las sombras, ya más espesas, más fuliginosas, como borras de vómito de profundas sisternas, habían concluido de terraplenar el espacio.

El mar seguía bramando allá lejos. El fúnebre recinto quedaba sumergido en las sombras pavorosas de la noche y al arbitrio de la desequilibrada intemperie!

¡El día aniversario había muerto! Y aquella simpática tumba en la comba de una senda poblada de ramosas plantas, allí castigadas sin compasión por la copiosa lluvia, donde el morado amaranto rastreaba rozándose con los corrillos de olorosas violetas brasileñas, donde airoso gallo-cresta mostraba sus penachos afelpados color de espinela y las delicadas guías de las campanillas azules abrazaban lánguidamente el jastial de sienita: las tinieblas corpóreas de la noche tempestuosa, la habían escondido, ayudadas por las sombras intangibles que emanaba el olvido!...

NOTAS DE REDACCIÓN

Llamamos la atención sobre el notable trabajo que sirve de portada triunfal á LA REVISTA, y que pertenece al brillante escritor Juan Zorrilla de San Martín.

Es una joya primorosa, arrancada á su libro en preparación «Hortus Conclusus». En el número siguiente publicaremos otro análogo del mismo autor, titulado «El Cantar de los Cantares».

Nuestro distinguido amigo el brillante literato Casimiro Prieto, nos ha escrito anunciándonos la próxima visita de varios de los más reputados escritores bonaerenses, los que han emitido las mejores opiniones sobre LA REVISTA y desean honrarla con sus producciones.

Y apropósito del distinguido amigo: en la hermosa «Mancha de color» aparecida en el número anterior de LA REVISTA, se han deslizado dos pequeños errores: en vez de *cuando hace tales joyas*, debe leerse *cuando luce tales joyas*; y, más adelante, en donde dice: *me ha ponderado la rica pedrería que hacen todas las mañanas*, debe leerse *que lucen todas las mañanas*.

Recomendamos especialmente á nuestros lectores los versos, titulados «En la Floresta» de Francisco G. Vallarino—un nuevo cruzado que se presenta en el campo de la gloria—con armas resplandecientes y espíritu vigoroso. Vallarino, por la forma arrogante en que hace su estreno, se da á conocer como un poeta que sabe sentir, pulsando con arte delicado y sencillo la cuerda sentimentalista, que como dice Copée, es la única que no se gasta y vibra constantemente en el arpa de la naturaleza. Por lo demás, este nuevo poeta cincela con maestría y despliega una imaginación llena de fuerza y de colorido.

Juzguen los lectores de lo que hemos dicho.

Manuel J. Sumay, uno de los redactores de «América Literaria», nos ha obsequiado con un hermoso soneto, en el que brillan la originalidad y la inspiración, á la vez.

Sumay se destaca entre la muchachada de la otra orilla, habiéndose revelado como un poeta de personalidad propia y de númen vigoroso.

¡Adelante, amigo, y visítenos amenudo!

MARTÍN CARULLO Y C^a
 BARRIO DEL JESÚS
 102 Calle Uruguay 102
 MONTEVIDEO

CASTIJA "LA MOJA"

FIGUEROA PETRONI
 Representación en combinación de todo el
 de Europa á punto a módica
 Calle San José, núm. 104
 MONTEVIDEO

ALFONSO BAZZOLI
 Representación en combinación de todo el
 de Europa á punto a módica
 Calle San José, núm. 104
 MONTEVIDEO

J. Martins y Ca.
 REPRESENTACIONES
 DE EUROPA Y AMÉRICA DEL SUR
 102 Calle Uruguay 102
 EN TODAS LAS CIUDADES

CARL SEIBERGER H^{no}
 REPRESENTACIONES DE EUROPA Y AMÉRICA DEL SUR
 Agencias de Europa y América del Sur
 Representación en combinación de todo el
 de Europa á punto a módica
 Calle San José, núm. 104
 MONTEVIDEO

RODRÍGUEZ CHAIN
 REPRESENTACIONES DE EUROPA Y AMÉRICA DEL SUR
 Agencias de Europa y América del Sur
 Representación en combinación de todo el
 de Europa á punto a módica
 Calle San José, núm. 104
 MONTEVIDEO